

CAPÍTULO II.

Poesía épica.

LA obra clásica de la Poesía, la mas alta empresa que puede imaginar el numen poético, y estoy por decir el mas noble esfuerzo de que es capaz el ingenio humano, es el poema épico. Elegir un argumento digno del canto de las Musas; à quienes invoca el Poëta; preparar y ordenar toda la fábula de tal manera, que no discorde el medio del principio, ni el fin del medio, y que resplandezca la verosimilitud en toda la historia, y en qualquier hecho particular, tanto que sea verdadero como falso; encontrar oportunos episodios, que sirvan al poema de natural y propio ornamento, y no de lustre afectado y postizo, que lexos de estar desunidos del resto de la fábula tengan necesaria conexión y real dependencia de ella misma; estudiar los caracteres de las personas, pintarlos al natural, y hacerlos vi-

si-

sibles en las acciones y en los discursos, siguiendo en todo escrupulosamente quanto nos presenta la naturaleza bien observada; colorir graciosamente las descripciones; animar las narraciones; buscar escenas afectuosas y patéticas; procurar que haya variedad y naturalidad en los hechos, y decoro y magestad en el estilo; y en suma poner por obra quanto una fogosa fantasía, un fecundo ingenio, un severo juicio, una vasta doctrina y una viva eloqüencia puedan sugerir al docto Poëta, es lo que se requiere para una perfecta epopeya. Y así ¿quién podrá justamente maravillarse de que en tantos siglos como ha que los hombres cultivan la Poesía, aun no se haya formado un poema épico, que pueda llamarse perfecto, y de que habiéndose compuesto tantos poco acreedores à la luz pública, sean tan pocos los que han conseguido el aprecio de los posteriores, y se hacen leer con gusto? Homero, Apolonio, Virgilio, Lucano, Camoens, Ariosto, Tasso, Ercilla, Milton, Voltaire y Klopstok componen la numerosa tropa de

de Poëtas heroycos, que leen los erudítos entre la inmensa turba de Poëtas épicos, griegos y romanos, antiguos y modernos de todas las doctas edades, y de todas las cultas naciones; y aun la mayor parte de estos ¿quánto no necesitan la indulgencia de los lectores?

Poëtas épicos antiguos.

Los poëmas épicos mas antiguos, que se han conservado à la docta posteridad, son los de Homero: pero ¿quántos Poëtas habian intentado antes que él hacer resonar la trompa épica? No citaré los poëmas de Orfeo y de Museo, porque los críticos no los creen del antiquísimo Orfeo y Museo, sino de otros Poëtas posteriores à Homero: no hablaré de un tal Artino, citado por Dionysio Alicarnaseo (a) como el primer Poëta que escribió del Paladion: no de cierto Antípatro, que algunos colocan falsamente (b) entre los Escritores de la guerra de Troya anteriores

(a) *Ant. Rom.* lib. I.

(b) *Fabr. Bibl. græc.* tom. I.

res à Homero: no de Aristeo Proconesio Autor de un poëma de la guerra de los Arimaspos, pueblos de Scitia: no de varios otros à quienes algunos llaman Poëtas épicos, y juzgan ser de tiempos anteriores à Homero, pero yo los paso en silencio porque se duda mucho, ò de la edad, ò de las composiciones; y solo pondré la consideracion en aquellos de quienes no se puede dudar fundadamente. Eustacio (a) cita un tal Automede Miceno, que por los tiempos de Troya describió en versos heroycos la guerra de Anfitrion con los Teleboes, y la contienda de Citero con Helicon. Suidas nombra un tal Eumolpo, hijo de Museo y discípulo de Orfeo, el qual fue Poëta épico anterior à Homero. Eliano (b) habla de Melisandro Milesio, que antes del tiempo de Homero escribió la guerra de los Lapítas y de los Centauros. Los antiguos citados por Estrabon (c), tenian

(a) *Od.* III.

(b) *Var. Hist.* lib. XI cap. 2.

(c) *Lib.* XIV.

nian un poema de Creofilo, huésped y maestro de Homero, acerca de la ruina de Ecalia. Suidas y otros llaman à Oleno Poëta épico; y aun quieren algunos que haya sido el inventor de los versos heroycos. Pero pasando particularmente à tratar de los Escritores de poemas pertenecientes à la guerra de Troya; cuántos podríamos referir, que dieron à Homero el exemplo y asunto de sus divinos cantos? En otra parte (a) hemos nombrado à Palamedes, à Corinno, à Sisifo, à Daretos Frigio y à Siagrio como Autores de poemas, que cantaron la guerra de Troya. De Palamedes, pariente de Agamemnon, nos refiere Suidas, no solo que escribió uno, ò mas poemas sobre la guerra de Troya, sino tambien que el mismo Homero llegó por envidia à destruir aquellos poemas. El propio Suidas dice de Corinno discípulo de Palamedes, que fue el primero que compuso una *Iliada* aun durante la guerra, y que de él tomó Home-

(a) Tom. I cap. XI.

ro el argumento del poema, y lo pasó à sus libros. En lo qual no veo por qué Fabricio quiere encontrar una manifiesta contradicción (a): *Videtur autem perspicue inter se pugnare, quod affirmat Suidas, Corinnum, stante adhuc Troja, scripsisse, & Homerum totum poematis sui argumentum ab eo accepisse.* Como si Homero hubiese llegado en su *Iliada* hasta la ruina de Troya, ò como si Suidas hubiese hablado de la *Odisea* de Homero, y no solo de la *Iliada*. De la *Iliada* de Daretos Frigio citado por Homero (b) parece que no puede dudarse, puesto que Eliano dice (c), que se conservaba aun en su tiempo. El mismo Eliano (d) refiere de Siagrio, que algunos críticos creían haber sido el primero, que cantó la guerra de Troya. Homero mismo alaba à los cantores Demodoco y Femio; y Eraclide, citado por

(a) *Bibl. græc. t. I.*(b) *Il. V.*(c) *Var. Hist. lib. XI t. II.*(d) *L. XIV c. 21.*

(a) De Mæst.

(b) Cod. 140.

(c) Ibidem.

Plutarco (a), dice, que Demodoco de Corcira cantó en versos, además de las bodas de Venus con Vulcano, la ruina de Troya; y que Femio de Itaca compuso versos sobre el regreso de los que habían ido à Troya en compañía de Agamemnon. Se había hecho tan universal el gusto de poëtizar, y el deseo de cantar la guerra de Troya, que hasta las mugeres se dedicaban à ello. Tolomeo Efestion, citado por Focio (b), dice, que Elena hija de Museo ateniense describió la guerra de Troya, y que de ella tomó Homero el argumento de su poëma. El mismo Tolomeo refiere (c) igualmente, que una tal Fantasía de Menfis escribió la guerra de Troya y los viages de Ulises, y que habiendo visto Homero dichos poëmas los adquirió, y quiso valerse de ellos en su *Iliada*, y en la *Odisea*: y este mismo hecho, segun dice

(a) *Dé Música.*(b) *Cod. 190.*(c) *Ibidem.*

ce Eustacio (a), le refiere tambien un tal Naucrates. Y no veo por qué deba colocarse entre las fábulas, como sin razon lo pretendia Justo Lipsio (b), una noticia autorizada por dos Escritores antiguos, de quienes la sacaron Focio y Eustacio, y que realmente no contiene circunstancia alguna que la haga inverosimil. Mucho menos colocaré con Fabricio (c) à esta Fantasía entre los personajes alegóricos, que coronan con el laurel poëtico la frente de Homero, puesto que tanto Tolomeo como Naucrates la llaman muger nacida en Menfis, è hija de Nicarco, y hablan de ella como de persona real y verdadera, y no como alegórica y fingida: y he aquí quantos Poëtas se habían dedicado gloriosamente à componer poëmas épicos, y quantos singularmente habían tomado la guerra de Troya por asunto de sus composiciones.

En

(a) *Proem. in Odiss.*(b) *De Bibl. c. I.*(c) *Tom. I, lib. I, c. 27.*

Homero. En este estado se encontraba la poesía épica quando compareció el Poëta Homero, el qual, aprovechándose con su soberano ingenio de los pensamientos, de las imágenes y de las expresiones de los Poëtas que le habian precedido, compuso aquellas obras sobrenaturales, aquellos divinos poëmas, aquellos milagros del ingenio y del arte, que son el pasmo y la admiracion de todos los siglos. Los Griegos y los Latinos, los antiguos y los modernos, mientras ha habido alguna cultura, todos han mirado à Homero con la mas profunda veneracion, y casi le han adorado por el Dios de la Poesía. Los antiguos le dedicaban medallas, estatuas, templos, fiestas y apoteosis, y no habia honor alguno que no le tributasen; pero lo que redundaba en mayor gloria suya era, que no solo los Rapsodistas y los Gramáticos empleaban sus fatigas literarias en los poëmas de Homero, no solo los Poëtas se entregaban al estudio de aquellos sus primeros exemplares, sino que los Oradores, los Filósofos, y quanto

tos se aficionaban à la literatura, todos acudian à saciar su erudita sed en las copiosas fuentes de Homero. No se han empeñado menos los modernos en manifestar el respeto que profesan al padre de la Poesía; y aun en nuestros dias hemos visto à los Ingleses Wood, Dawkins y Bouverie emprender largos viages para exâminar con particular atencion los mismos lugares, las costumbres y los usos de que habla Homero, y sufrir grandes trabajos para conocer su genio original, y para entender bien sus poëmas; à los Ragueuseos Cunich y Zamagna, y al Español Alegre traducir en elegantes versos latinos la *Iliada* y la *Odisea*; à los Franceses Rochefort y Bitaubé, à los Italianos Bozzoli, Ridolfi, y à no pocos otros enriquecer sus respectivas lenguas con nuevas traducciones è ilustraciones de aquellos poëmas; y en las Academias de París y de Berlin, y en toda la culta Europa resonar con magníficos elogios el nombre de Homero; por lo qual con mas razon podremos nosotros decir ahora lo que ya di-

xo Propercio (a), que Homero ve crecer sus poëmas con la edad: *Posteritate suum crescere sentit opus*. Winkelmann (b) escribia à su amigo Franken, que jamás miraba à Homero sino levantando la cabeza, como se hace para ver un templo elevado, y que no podia pensar en su mérito sin fixar los ojos en la tierra. La fecundidad de la invencion, la vastedad de la doctrina, la verdad y belleza de las imágenes, la abundancia y variedad de las comparaciones, la amenidad y viveza de las descripciones, la propiedad de las expresiones, la copia è ímpetu de la eloqüencia, el juicio, la sabiduría y la honestidad de Homero llenan de respeto y humillacion à qualquiera que sepa leer sus poëmas. Yo observando su sagacidad en elegir para las descripciones, y para los epitetos aquellas circunstancias, que mejor descubren y pintan la naturaleza, su ingenio en encontrar tantos accidentes, y tanta variedad en expresarlos, tan-

tos

(a) Lib. III, El. I.

(b) Cart.

tos pensamientos sublimes, y tantos sentimientos nobles, y su juicio en saberse preservar de las extrañezas y absurdidad, de que facilmente se dexa llevar una vivaz fantasía, retrocediendo à los tiempos en que escribió, y considerando la infancia en que se encontraba entonces la Poesía y todas las letras, y estoy por decir el entendimiento humano, no puedo realmente comprehender qué hombre, ò qué ingenio tan superior fuese aquel Homero, que supo llegar por sí solo à un grado de perfeccion poética, à que con tantos auxilios de nuevos descubrimientos y de mayores luces no ha llegado otro alguno, de quantos Poëtas posteriores han entrado en aquella carrera, sino aquel solo que ha seguido mas de cerca sus huellas, y que ha puesto mayor cuidado en estudiar y copiar sus bellezas. Pero sin embargo por excelente y singular que fuese el grande Homero, al fin era hombre, y el Dios de la Poesía, como los Dioses de su *Iliada*, no estaba enteramente exento de las miserias de la humanidad. A muchos

chos no agradan los Dioses de Homero; ni yo creo que sean muy dignos de alabanza unos Dioses tan débiles, que son rechazados y heridos por los hombres, Dioses tan familiares y domésticos, que se emplean en qualquier ministerio y oficio, y como los Angeles de los pintores igualmente se ocupan en levantar una cortina, que en sostener el trono de Dios; Dioses que freqüentemente echan à perder las acciones mas brillantes de los hombres, terminando con algun engaño suyo lo que deberia ser efecto de la proeza de un héroe; Dioses injustos y fraudulentos, que baxan del Cielo, no para desatar algun nudo digno de su divinidad, sino para engañar à los hombres con mentiras, y para executar tales acciones que se avergonzarian de hacerlas las personas honestas. Pero gran parte de estos defectos la atribuiré antes à la teología gentílica, que à la invención poética de Homero. Se reprehenden sus héroes porque se emplean en ocupaciones sobrado baxas, y porque se dicen mutuamente demasiados impropérios: yo

no puedo tolerar aquellos procos en número no menos de 96, Príncipes y grandes Señores, que aspirando al matrimonio de la sábia Penolope, todos sin la menor sombra de competencia, se unen para vivir desordenadamente à expensas de la deseada Esposa, y no saben hacerle otros obsequios y finezas que usar de los modos mas desagradables, y de las respuestas mas desatentas. No puedo comprender la hospitalidad de Telemaco, que con tanto empeño se opone à las injurias de los procos en defensa de Ulises solo porque era su huesped, y despues dexa que el mismo huesped mendígue infelizmente su comida, y sufra las hostilidades del mendígo Iro, que le tenia por rivál. Pero reflexiono con el joven Racine (a), que nosotros malamente querrémos encontrar inverosimilitudes en las costumbres que no podemos conocer, y que estas no deben parecernos mas irregulares que lo serían las nuestras para los antiguos.

Cc 2

guos.

(d) *Reflex. sur la Poes. chap. V, art. I.*

guos. Por otra parte observo que si Guys, (a) Wood (b) y quantos han querido leer à Homero en la misma Grecia, han encontrado en él una exâctísima verdad en describir las cosas mas pequeñas, que pueden exâminarse hoy en dia, ¿cómo podrémos creer que haya faltado à ella en la parte mas importante y mayor, que es la pintura de las costumbres de sus héroes? Antes bien aquellos dos Escritores, observando las costumbres modernas de los Griegos y de los Asiáticos, creen descubrir aun vestigios manifiestos de las costumbres de los héroes de Homero; y Wood (c), admirador ilustrado del Poëta griego, deduce de aqui una alabanza de la rica y vasta imaginacion de Homero, porque de costumbres tan sencillas y uniformes supo formar tanta variedad de caracteres. Diré finalmente, que los antiguos, que notan à Homero otros defectos mas pequeños que el de las costumbres, y en-

(a) *Lett. sur la Græc.*(b) *Essay sur le gen. d' Homere.*

(c) Cap. VIII.

encuentran inverosimilitud hasta en presentar Aquiles un vino en lugar de otro, (a) jamás le acusan de estos, ni de otros defectos, que para nosotros son mucho mas palpables, y que producen en los animos de los lectores mas extrañeza y novedad; prueba en mi concepto evidente, de que ellos no encontraban en las costumbres introducidas por Homero, aquella incongruencia y absurdidad que nosotros queremos ahora descubrir. Perrault (b) tiene por pesada è insufrible la monotonia y la repeticion de las comparaciones usadas por Homero; pero yo, aunque no me atreveré à negar que de quando en quando se encuentre alguna repeticion, veo tanta variedad en las comparaciones, tomándose ya del viento, ya de la mar, ya de un Leon, ya de un hombre turbado y sin consejo, y ya de otros objetos del todo diversos, que esta me parece una de las pruebas mas claras de la maravillosa

(a) Plutarc. *Symp.* V.

(b) Paral. c. Dial. 100.

facundia del genio original de Homero. No parece tan facil de disculpar una cierta individualizacion de circunstancias, que à veces se encuentra, las quales no conduciendo à la claridad de la descripcion, ocasionan por consiguiente perjuicio à la fuerza y rapidéz del estilo. Por lo que à mí toca quando leo alguno de estos pasages tan individualizados, me parece descubrir en vez de una exâctitud griega un poco del gusto asiático y oriental, que se le habria pegado à Homero del comercio de los Asiáticos entre quienes vivia, y à quienes tal vez reconocia por sus maestros. En vano va buscando Eustacio alusiones al estado de la disputa entre los Gefes de los Griegos, en las circunstancias descritas del cetro, por el que quiere jurar Aquiles (a). Despues de haber hablado aquel fogoso guerrero con tal fuerza y energía, en un juramento que por dos veces llama *grande*, no comprehendo por qué en vez de concluir sencillamente jurando por el

(a) *Iliad. I, vers. 234 &c.*

cetro, lo que hubiera sido mas grave, mas enérgico y mas fuerte, quiera ir explicando las qualidades de aquel cetro, esto es, "que jamás producirá hojas ni ramas, ni reverdecerá despues que dexó el tronco en los montes": y no contento con esto sigue diciendo: "porque el cuchillo le ha cortado las hojas y la corteza"; y aun añade, "al presente los jueces griegos y los que estan encargados por Júpiter de defender los derechos, lo traen en las manos". En mi concepto el expresar tan individualmente todas las cosas en este y en otros pasages semejantes, disminuye algo la fuerza y nobleza de la eloqüencia de Homero; pero sin embargo diré con Bitaube (a), que si retrocediesemos à los tiempos del padre de la Poesía, en lo que ahora nos parece diffusion y prolixidad, solo descubriríamos la fecundidad de un ingenio que todo lo abraza, y todo lo abraza, sin detenerse en reglas, ni en compasear las palabras con las

(a) *Reflex. sur Homere devant la traduct. de l'Iliade.*